

1. Los amores de un porquerizo

Con la marea del día 13 de febrero del 1502, vísperas del primer domingo de Cuaresma, levó anclas en el puerto de Sanlúcar de Barrameda la armada más cumplida de la que se tenía memoria desde que se descubrieron las Indias diez años antes.

La componían treinta y dos navíos con suficiente aparejo para atravesar la mar oceana y con bastimentos para tres meses, y en ella embarcaron dos mil quinientos varones, dos de los cuales adquirirían con el tiempo notoria celebridad; uno de ellos, Bartolomé de Las Casas, por ser acérrimo defensor de los indios, y el otro, Francisco Pizarro, por ser uno de sus más notables conquistadores.

Ambos coincidieron en el servicio de quien hacía cabeza de aquella armada, don Nicolás de Ovando, comendador de Lares; Las Casas por su condición de latinista y hombre de letras, y Pizarro como paje de armas, único arte que tenía, ya que en todo lo que no atañera al manejo de las armas era iletrado y justo aprendió a escribir su nombre cuando hubo de firmar las Capitulaciones de Toledo, por las que se le concedía la gobernación de la Nueva Castilla, que fue como se denominó a Perú en los tiempos de la conquista.

Por lo demás no hubo más coincidencia entre ellos y, pasados los años, cuando Bartolomé de Las Casas escribió sobre la conquista y sus desafueros, nunca disculpó a Pizarro y se mostró muy contrario a los medios de los que se había servido para someter a un imperio tan poderoso como el de los incas. Siempre se refirió a él como hombre muy tosco, sin instrucción, de carácter taciturno, poco dado a las mujeres, salvo para servirse de ellas como lo hacen las gentes sin principios, aunque tampoco en demasía. También muy poco dado a la bebida, pero por contra muy aficionado a toda cla-

se de juegos de envite, tanto de naipes como de bolos o pelota, aclarando que no le importaba apostar su propia vida si andaban por medio tierras o almas de indios a los que conquistar. Aun dándosele mucho de las riquezas, más se le daba de ganar territorios para su gobernación, y prueba de ello es que en el 1524, siendo ya hombre muy rico, vecino de Panamá y de los más acaudalados, arriesgó toda su fortuna por ir tras la quimera de hacerse con unos territorios de los que poco o nada se sabía.

Cuando Pizarro embarcó en la armada de Ovando tenía veinticinco años, y aunque en las crónicas se le nombra como paje, en la realidad iba como escolta con mando sobre seis hombres que cuidaban que nadie se acercara sin permiso al alcázar de popa donde tenía su camarote el comendador. Su relación con don Nicolás de Ovando le sirvió para que al desembarcar en La Española le recomendara a Alonso de Ojeda, uno de los primeros conquistadores de la tierra firme, y que pronto se convirtiera en su lugarteniente, iniciando así el camino de su fortuna.

El que a su vez hubiera conseguido la plaza de escolta del comendador fue debido a una recomendación del Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba, con quien había combatido en los tercios de Italia. A sus órdenes participó en el desembarco de Mesina y, pese a ser soldado bisoño y no haber cumplido los dieciocho años, fue de los primeros en saltar a tierra y de los que más se destacó en tan fausta ocasión para las armas de Castilla y Aragón. También tomó parte en las batallas de Laino y Atella, siempre con igual decisión y no menos fortuna, pues salió de ellas sin un rasguño, y no pudo por menos de fijarse en él el Gran Capitán, quien elogió públicamente su valor, pero de ahí no pasó, pues don Gonzalo Fernández de Córdoba tenía en mucho su prosapia,

como descendiente por línea materna del primer almirante de Castilla y gustaba de rodearse de oficiales de alcurnia. Tanto en la guerra como en la paz se mostraba grandioso el Gran Capitán, y su figura, que no la tenía mala, procuraba realzarla montando siempre en caballos de gran alzada y tocándose con un sombrero blanco y calzado del mismo color. En esto último le imitó don Francisco Pizarro, quien hasta su vejez siempre calzó de blanco, aunque tuviera que moverse entre manglares y pantanos.

En la batalla de Atella, de las más cruentas que se rieron en Italia, Pizarro acertó a salvar la vida, con riesgo de la suya, a don Nicomedes González de Pastrana, intendente del Gran Capitán, quien, agradecido, le dijo:

—Si de mí dependiera, de aquí a poco os nombraría capitán de los tercios, con mando sobre cien hombres, pero andáis un poco corto de linaje para tal menester, según el gusto de nuestro señor.

Se lo dijo por ser conocido que era hijo ilegítimo de un hidalgo y de una muchacha de servir y que en su juventud había estado cuidando cerdos. También le dijo que si supiera algo de letras y números le podía tomar consigo porque en la intendencia le resultaría más fácil medrar. Este González de Pastrana era quien llevaba las cuentas del Gran Capitán, de las que sacó buen provecho, a veces con desdoro de su señor. Pero aunque aprovechado, era hombre de corazón agradecido y fue quien aconsejó a Pizarro que marchara a las nuevas tierras, donde se tenían en más los hechos que los títulos y quien le consiguió la recomendación del Gran Capitán para el comendador Ovando.

Aceptó el consejo, aunque dolido de que no se tuviera en cuenta la condición de hidalgo que le correspondía por serlo su padre, don Gonzalo Pizarro, hijo de don Hernando

Alonso Pizarro, de la familia de los Altamirano, de las más significadas de Trujillo. Este Gonzalo también se significó, pero por el desorden de sus pasiones, recibiendo el sobrenombre de Pizarro el Largo por su largueza en tener hijos fuera del legítimo connubio. El primero de éstos fue Francisco Pizarro, nacido de sus relaciones con una muchacha aldeana, pero de familia de cristianos viejos, que iba camino de ser monja; se llamaba Francisca González y al quedar huérfana de padre entró en el monasterio de las Freilas de la Puerta de Coria, sin dote, por lo que tenía que servir a otras monjas más acomodadas, como era costumbre en algunas órdenes religiosas.

Para su desventura, en el mismo monasterio estaba profesada una Altamirano, tía de don Gonzalo el Largo, a la que éste visitaba por haber sido su madrina en la pila del bautismo y estar nombrado como su heredero. Era a esta monja noble a la que servía la Francisca González y con tal motivo comenzó el trato entre ambos jóvenes, que terminó como nunca pudo imaginar la que iba en busca de amores más duraderos.

Aquél no pudo ser más efímero. Así que la sedujo y la supo embarazada, la abandonó don Gonzalo y Francisca hubo de refugiarse en casa de su tío, Juan Casco, donde dio a la luz a un hermoso niño. Como el llamarse Pizarro valía de mucho en Trujillo, no quiso Francisca bautizarlo hasta que se le reconociese el derecho a llevar ese apellido, pero topó con la dificultad de que aquel a quien correspondía reconocerlo había puesto tierra por medio y se había marchado a Navarra a guerrear contra los franceses, a las órdenes del Rey Católico.

Francisca González, que toda la debilidad que tuvo como amante se le convirtió en reciedumbre al ser madre, se presentó en el monasterio de la Puerta de Coria con el niño entre sus brazos y en presencia de su antigua señora,

la monja doña Elvira de Altamirano, le suplicó con lágrimas en los ojos:

–Sé en cuán poco habéis de tener a quien iba camino de ser esposa de Jesucristo y por debilidad de la carne y enredos del demonio se ha convertido en proscrita y amancebada de un hombre indigno. En lo que a mi vida atañe no me importaría quitármela, despeñándome desde lo alto de una torre, si no fuera eso ofensa que no tiene remedio a los ojos de Dios Nuestro Señor, pero por la vida de quien he llevado en mis entrañas, y ahora traigo entre mis brazos, demando justicia. Y si bien su padre es indigno, no menos que yo, no lo es su apellido y pido para mi hijo el derecho a llevarlo.

A continuación le detalló cómo se había consumado la seducción dentro de los mismos muros del monasterio y cómo don Gonzalo, y no otro, era el único posible seductor; y por si le quedaban dudas le mostró el niño cuyas facciones eran el vivo retrato de su padre.

Doña Elvira, ya de edad muy avanzada, tomándola en sus brazos la consoló:

–No he de tener yo menos compasión contigo que la que mostró Nuestro Señor Jesucristo con la Magdalena. Sea como dices, y ya que en tanto tienes el apellido Pizarro de mi cuenta corre el que lo lleve, aun convencida como estoy en el trance que me queda por pasar cuán poco valen apellidos, glorias o galardones de este mundo.

Esto lo dijo porque sabía que de allí a poco había de morir, como así fue, pero antes le dio tiempo de hablar con don Hernando Alonso Pizarro, que era su primo hermano, quien consintió en nombre de su hijo ausente que se registrara al niño con el nombre de la madre y el apellido del padre. Y para atender a su crianza cedió a Francisca González y a su tío Juan Casco el usufructo de un monte de bellotas, muy bueno para la cría del ganado porcino.

Esta cría era muy apreciada en toda la Extremadura, no sólo por el mucho provecho que de suyo tiene el cerdo, sino por ser el animal que mejor se hizo a las tierras recién descubiertas, tanto del Caribe como de la tierra firme, y bien en vivo, bien en salazón, todas las naves que partían para las Indias debían aprovisionarse de él. De ahí que muchos labradores dejaran el arado y se dieran al cerdo soñando en hacerse ricos sin necesidad de correr el riesgo de atravesar los océanos. Pero tanta codicia no podía conducir a nada bueno y a finales del siglo, como premonición de las catástrofes que suelen acompañar a estos tránsitos, se declaró una peste porcina que decían que la traía una mosca azulada, del tamaño de un gorgojo, y que por eso costaba tanto dar con ella.

En Trujillo, para atacar el mal, llegaron a sacar en procesión a la Santísima Virgen de la Victoria, que de algo sirvió, pero a la postre el mejor remedio fue el apartar y sacrificar a las bestias inficcionadas, y no juntarse unas pjaras con otras, procurando pastorearlas en los montes altos, donde corrieran los aires.

Cuando vino la epidemia contaba Francisco Pizarro diecisiete años, acababa de morir su madre y él se había quedado al cuidado de su tío abuelo Juan Casco, hombre de buen corazón pero que según pasaban los años sólo confiaba en los cerdos como refugio y bienestar de su vejez. No había tenido hijos, pero de haberlos tenido, decía, hubiera preferido que se le muriera uno de ellos antes que un cerdo. Esta suerte de locura estaba moderada por el buen juicio de su sobrina, y cuando ésta faltó nada pudo impedir que se le acentuara el desvarío.

No consta que Francisco Pizarro tuviera trato alguno con la familia de su apellido en aquellos años, y del padre sólo se sabe que a su regreso de la guerra de Navarra casó con doña Isabel de Vargas, de la que tuvo un hijo, Hernan-

do, el único legítimo. Bastardos siguió teniéndolos con igual largueza, pero sólo queda puntual relación de aquellos que participaron, a las órdenes del mayor, en la conquista del Perú. A saber: Gonzalo, habido de su criada María de Biedma, y Juan, habido de una campesina llamada María Alonso.

Estos Pizarros, unidos por un padre común, no se llegaron a conocer hasta que don Francisco, en su viaje a España, se los llevó consigo, junto con otros trujillanos, en busca de Eldorado. Don Francisco siempre tuvo en mucho a la gente de su tierra, y bastara que un soldado fuera de Trujillo para que le distinguiera con su confianza. Siendo ya gobernador de la Nueva Castilla y marqués de la Conquista, en un palacio que no lo tenían igual muchos grandes de España, seguía con añoranza de su tierra, y aunque se admiraba de la grandeza de los Andes decía que les faltaba la gracia de la sierra Madroñera, en la que tenían la dehesa que les cediera don Hernando Alonso de Pizarro.

Dice el cronista de Indias, Francisco López de Gomara, que el futuro marqués fue porquerizo en su juventud, y dice bien, pero entiéndase por lo ya explicado ut supra que esa era condición muy deseada en aquellos tiempos, sobre todo hasta que se presentó la epidemia. Francisca González y su tío Juan Casco llegaron a tener piaras de hasta treinta cerdos, que ellos mismos llevaban a Sevilla a embarcar camino de las Indias cuando los tenían criados. De Francisco Pizarro se contaba que aprendió a andar al mismo tiempo que a cuidar cochinos, y él nunca lo tuvo a desdoro, y cuando trajinaba por los manglares y serranías del Perú al frente de sus ejércitos siempre cuidaba de ir bien provisionado de ganado porcino, gustando de moverse entre ellos porque decía que aquel olor, de suyo desagradable, a él le traía recuerdos de juventud.

Estos recuerdos no podían ser otros que los de su madre, por la que sentía verdadera adoración, y el de una

muchacha, también pastora, pero de familia muy acomodada, a la que no consintieron corresponder a la devoción que sentía por ella. Se llamaba Gabriela y a su familia les decían los Canderos, todos con fama de muy codiciosos y decididos a la hora del trabajo, tanto el padre como los hijos, que eran nueve, de ellos ocho varones. Se les daba poco que hiciera frío o calor, y tanto con los hielos del invierno como con los terribles ardores del verano, a todas horas se les veía labrando, o segando los campos, o cuidando las huertas, o el ganado, pues de todo tenía aquella familia, que alcanzó a sumar tantos caudales que el hijo mayor, que había estudiado para clérigo, aunque luego lo dejó, se dedicó a prestar dinero a los hidalgos en apuros, que no eran pocos, y cuando no pagaban se hacían con sus tierras.

Una de sus dehesas lindaba con la de Francisca González, muy alta y oreada, y por ese motivo desde muy niños se trataron Francisco Pizarro y Gabriela Canderero, ambos cuidando de sus respectivas piaras. Gabriela, al igual que sus hermanos, era recia de cuerpo, pero de rostro muy dulce y muy delicada en su trato. Se daba muy buena maña para bordar y también para tañer el caramillo. A Francisco Pizarro le bordó un encaje para adornar una gorrilla que se ponía los días de fiesta, para la misa mayor, y se cuenta que nunca se separó de él y que durante la conquista lo llevaba cosido en el forro de su famoso sombrero blanco.

Mientras fueron niños no hubo reparos a aquella amistad, pero cuando alcanzaron la pubertad comenzaron los recelos pues los Canderero tenían otras miras puestas en su única hija, sabedores de que más de un hidalgo, y hasta puede que algún noble, estaría dispuesto a desposarla aunque sólo fuera por la dote, salvadas sus gracias naturales que, como queda dicho, tampoco le faltaban.

Amores hubo, pero muy limpios, pues Pizarro siempre fue comedido y respetuoso con las mujeres, también

con las indias como se verá, y a Gabriela la tenía en un altar y cuando en la soledad de las dehesas los cerdos hozaban a su gusto y la doncella hacía sonar el caramillo, él se sentía en lo más alto de los cielos.

Pasados los años, a su hermano Hernando, que por ser el único legítimo de los Pizarro hacía de cabeza de la familia, le hizo confidencias de esos amores, y éste le consolaba diciéndole que así lo había querido el Señor para mejor servicio de Castilla, pues de haberse casado con doncella acomodada habría seguido la suerte de todos los hidalgos de su condición, y a saber quién habría sido el conquistador del Perú.

Recelosos como andaban los Candero, las cosas se tornaron a peor cuando se extendió la peste de la mosca azul, y con el fundamento de que no convenía juntar piaras, Bonifacio Candero prohibió a su hija acercarse a donde hozaran los cerdos de Francisco Pizarro. Pero por ser mucha la querencia que tenían el uno por el otro trataron de burlar la prohibición y en una de éstas fueron sorprendidos por tres de los hermanos, que increparon al joven Pizarro y le dijeron que por su culpa se les habían muerto ya dos cochinos y tres más llevaban el mismo camino. Pizarro trató de razonarles que otro tanto sucedía en su piara y no por eso echaba la culpa a nadie, pues todas, en el término, estaban padeciendo el mismo mal, ya estuvieran juntas o separadas y que, además, él había cuidado de mantener la suya apartada de la de Gabriela, como a la vista estaba.

—¿Es que, entonces, acaso, has venido a juntarte con nuestra hermana, bastardo del demonio? —le espetó el mayor de los hermanos, que se llamaba Bonifacio como su padre. Y a una seña suya los tres arremetieron contra él.

Este Bonifacio era ya un hombre hecho y derecho, membrudo, de brazos largos como los tienen todos los que se sirven de ellos para trabajar, y los otros dos hermanos no le iban a la zaga en fuerza y corpulencia. Pero Pizarro, que estaba llamado a conquistar un imperio con la espada, se sirvió de su cayado para mantenerlos a raya hasta dar con dos de ellos en tierra; ante estas tornas el tercero se hizo con una hoz que traía al cinto, quién sabe si con intención de quebrar aquella vara maléfica, o el cuello del que con tanta destreza la manejaba.

Gabriela, que sollozaba y trataba de sujetar a sus hermanos jurándoles que Pizarro en nada le había faltado, al ver a su hermano con la hoz gritó:

—¡Por el amor de Dios, Francisco, huye, que bien conozco a éstos y capaces son de matarte!

Obedeció el joven y siendo corto de peso y largo de piernas pronto se distanció de quienes tan mal lo querían, pero cuando sintió los quejidos de su enamorada, a la que uno de los hermanos abofeteaba al tiempo que le dirigía los insultos que más pueden ofender a una doncella, volvió sobre sus pasos y fue cuando uno de los caídos lo sujetó por los tobillos y los otros dos lo molieron a golpes.

En la primavera, mayormente cuando eran lluviosas como lo fue aquel año, los porquerizos aprovechaban la abundancia de pastos para cebar bien el ganado y se pasaban hasta una semana sin ir por sus casas, durmiendo al raso, o en las chozas de enramadas que ellos mismos se hacían en las dehesas. Un pastor de ovejas, de nombre Pedro Carraspio, fue quien dio con Francisco Pizarro, que apenas podía valerse por sí mismo a causa de la paliza recibida. Cuidó de su persona y de sus cerdos, que andaban medio desman-

dados, y le aconsejó que no diera tres cuartos al pregonero. El Pedro Carraspio andaba ya por la cuarentena, pero en su juventud había tenido fama de muy rijoso y no le entraba en la cabeza que jóvenes en la edad de los ardores se conformaran con estar solos, sin otros tocamientos que los del caramillo. Por eso decía que todo lo que fuera narrar lo sucedido iría en desdoro de la doncella, y en el pueblo darían la razón a los Candero por no haber permitido que la cosa fuera a mayores. Pero tanto porfió Pizarro sobre la honestidad de su trato que el Carraspio, aunque admirado, terminó por creerle, aunque aun así le insistió en que guardara silencio por ser los de Trujillo muy dados a rencillas entre familias, que terminaban en odios y aun en duelos a muerte, y su tío Juan Casco y él llevaban todas las de perder ante el poderío de los Candero.

Por fortuna no le habían quebrado ningún hueso y en poco más de una semana pudo salir del chozo en el que le había guarecido el pastor. Todos los días le traía de comer y de beber y eso nunca lo olvidó Pizarro. En ese tiempo el Carraspio se acercó a Trujillo para comunicarle a Juan Casco que su sobrino había encontrado muy buenos pastos, y que no queriendo desaprovecharlos se demoraría en volver. De paso le informó que los Candero, entendiendo que Gabriela estaba ya en edad de matrimoniar, la habían apartado del cuidado del ganado y de otros trabajos seniles y la habían enviado a Sevilla, a casa de una tía suya, casada con un oficial del Consejo de Indias, para que la instruyese en lo que conviene a una doncella acomodada.

Has llegado al final de la muestra, si te ha gustado el libro puedes adquirirlo pulsando en el enlace siguiente: <https://bibliotecaonline.net/libreria/La-Guerra-del-General-Escobar-p104007817>